



Las voces del infierno

Reinaldo García Ramos

En la colección "**Los libros de las cuatro estaciones**", recién inaugurada en Coral Gables por el crítico cubano exiliado Carlos Espinosa Domínguez¹, acaba de salir una nueva edición de la primera novela de Miguel Correa Mujica, *Al norte del infierno*, escrita a principios de los años '80, poco

después de la llegada del autor a Estados Unidos por el puente marítimo Mariel-Cayo Hueso. La obra había sido publicada en 1983 por la Editorial Sibi, en Miami; pero el autor considera defectuosa esa primera edición y recuerda que cierto número de ejemplares de la misma habían salido a la calle con diversos errores. Por eso, en el reverso de la portada de la nueva publicación se indica que se trata de la "primera edición, 2002". Correa Mujica afirma que esta nueva aparición de su obra constituye, en realidad, la primera edición completa de esa novela.²

Muchas cosas buenas se pueden decir enseguida de este libro, pero tal vez la más importante es que captura desde las primeras líneas la atención del lector y no deja que éste se aparte hasta que ha llegado a la página 95, la última. Esa especie de seducción se produce con facilidad, y el lector la disfruta, a pesar de que no estamos ante un libro ligero ni frívolo; más bien, este pequeño volumen encierra una desquiciante tragicomedia, que carece por definición de ningún tipo de *happy ending*. Aunque desde el comienzo el autor nos seduce con su sentido del humor y su acertado uso del lenguaje popular, salpicando su texto con expresiones curiosas y llamativas, típicas del campesinado cubano, muy pronto el lector percibe que con ese tono jocosos de gran guiñol el libro no se propone distraer, ni mucho menos aspira solamente a hacer reír.

Como toda obra lograda de la extensa tradición occidental de narración satírica, desde Marcial hasta Swift, pasando por Rabelais y hasta por nuestro propio sainete, el libro va develando, detrás de esa fachada de disfrute y de crónica jocosa, otra dimensión siniestra, casi asfixiante. La narración se va convirtiendo gradualmente en una desoladora descripción de la realidad cubana de los años 70 y de la angustia que sintieron extensas capas de la población de la isla en esos años de estancamiento. Esa angustia fue la que obligó a decenas de miles de personas a abandonar masivamente el país en 1980 en embarcaciones atestadas, sin siquiera tener una idea clara (ni mucho menos objetiva) de lo que encontrarían en Estados Unidos, ni de cómo iban a sobrevivir individualmente en esta otra compleja sociedad del exilio.

Hay quienes han dicho que los cubanos hemos logrado sobrevivir estos cuarenta y tres años de desastres nacionales, odio oficializado y represión, gracias a nuestra notable capacidad para el buen humor. Tal vez se exagere, pero no cabe duda de que el humor es un recurso instintivo, saludable, que salva de la desesperación a cualquier grupo humano que se enfrente a una situación angustiosa y sin salida. El humor en esos casos no es en absoluto una actitud evasiva, sino un modo sutil de enfrentarse creativamente a esa situación y de expresar de modo indirecto su carácter opresivo.

En su introducción a esta obra, Reinaldo Arenas señala con gran acierto que los personajes de *Al norte del infierno* trascienden sus propias humillaciones, magnificándolas³. Sin embargo, no siempre esa desproporción mordaz denota una desatención a la opresión generada por esas humillaciones, ni la búsqueda de un refugio cómodo en universos imaginarios. Correa Mujica deja que sus personajes hagan amplio uso de esa capacidad de magnificación, y hasta de exageración grotesca, pero en ningún momento los lleva a un

escenario onírico, fantasioso o irreal. En ningún momento el lector deja de tener presente que los problemas a que se alude en el texto son monstruosamente reales. Los breves capítulos se van sucediendo en un aparente desorden, como relámpagos desmesurados que iluminaran un desfile de esperpentos, pero esas iluminaciones sorprendivas van imantándose y componiendo un todo coherente, palpable, orgánico; nunca dan pie a pensar que la narración fantasmagórica brota de una invención gratuita, sin apoyo medular en los hechos.

Desde que leí por primera vez esta novela en 1983, me deslumbró la brillantez con que el autor había resumido en tan pocas páginas los elementos básicos del éxodo del Mariel, en el cual tanto él como yo habíamos participado, y había evocado los componentes esenciales con que esa multitudinaria experiencia se inscribió en las vivencias personales y los temores y las aspiraciones de cada uno de los emigrantes. La novela capta con precisión ese sentir anónimo, impersonal; los personajes de *Al norte del infierno* son integrantes genuinos de esa masa acosada.

Pero hay que subrayar enseguida que la gran mayoría de los cubanos que escaparon de Cuba por Mariel no eran intelectuales, como Correa Mujica o yo, ni ricos venidos a menos (ya esos se habían marchado mucho antes de la isla), ni militantes políticos defraudados (aunque los hubo); no, la mayoría eran personas humildes, confundidas, desesperadas, que habían sido hostigadas y acosadas por el sistema hasta que concibieron por instinto, y casi por sorpresa, la posibilidad de abandonar el país.

Para ilustrar a quienes no sean cubanos o no recuerden con nitidez ciertas cosas, es imprescindible ahora resumir el marco en que esos hechos ocurrieron. En marzo de 1980, un grupo de cubanos se pusieron de acuerdo para arremeter con un autobús del transporte público contra la sede de la embajada del Perú en La Habana, ingresar a los jardines de la misma y pedir asilo político. El asalto del autobús esa noche se realizó con inevitable violencia, y hubo bajas, pues todas las embajadas de países capitalistas en La Habana estaban custodiadas por soldados cubanos, pero los ocupantes del vehículo lograron entrar en el recinto de la embajada, es decir, en un diminuto espacio que era territorio peruano y estaba fuera de la jurisdicción cubana. Cuando el gobierno cubano reclamó a los asilados, los diplomáticos peruanos se negaron a entregarlos. Las autoridades cubanas, airadas por esa actitud, decidieron retirar las postas de soldados que habitualmente custodiaban la mencionada sede diplomática. En cuestión de horas, la voz corrió por toda la ciudad y unas 10,000 personas penetraron en menos de dos días en los terrenos de la embajada y comenzaron a hacinarse allí en condiciones espantosas. La prensa internacional comenzó a reflejar los hechos con alarma, interpretándolos como una muestra del descontento imperante en la población; pero el gobierno cubano ideó enseguida un modo de contrarrestar la impresión de que a los cubanos se les impedía viajar. Hacia fines de ese mes, la prensa oficial anunció que el puerto de Mariel, ubicado al oeste de La Habana, había quedado habilitado para que los cubanos exiliados en Estados Unidos fueran a Cuba a recoger a los familiares suyos que desearan emigrar. Así se creó el puente marítimo entre Mariel y

Cayo Hueso, por el que salieron 125,000 cubanos hacia la Florida entre marzo y septiembre de ese año.

Desde el principio, el aparato propagandístico de las autoridades cubanas buscó tergiversar por todos los medios imaginables la composición del éxodo del Mariel; por eso es necesario insistir de nuevo en que la gran mayoría de esos 125,000 exiliados no eran ricos resentidos; eran personas humildes, comunes y corrientes, que no habrían decidido emigrar jamás, si no hubiera sido porque se sentían profundamente decepcionadas y, en medio de su cansancio, de pronto se habían ilusionado con la posibilidad de encontrar una vida mejor en cualquier otro lugar. No tenían una idea exacta del país que los acogía; huían simplemente de un sistema que los maltrataba y agredía. Muchos eran trabajadores que habían sido echados de sus trabajos por disentir del adocenamiento político que imponían las autoridades o por tener creencias religiosas o por negarse sencillamente a entrar en cualquiera de las miles de ramificaciones opresivas del férreo cerco ideológico. Esas son las personas que aparecen reflejadas en la novela de Correa Mujica. No eran delincuentes ni vagos, como pretendió hacer creer el gobierno cubano, asignándoles colectivamente el sambenito de *escoria*.⁴

Muchas de los integrantes de ese ejército de “escorias” eran personas que provenían del interior del país, sin mucha cultura, sin una idea muy firme de las ventajas e inconvenientes de una emigración; pero estaban dotadas de un agudo instinto de supervivencia y de un sentido práctico y una malicia que superaban cualquier trampa que les pudieran tender los agentes represivos. De ahí que en el libro se describan escenas como la del capítulo “Una mujer decente”, en que la narradora se echa encima y atribuye a su familia, incluso a sus hijos pequeños, una serie de delitos delirantes y absurdos, para terminar afirmando que ella es, de todos modos, una mujer decente (*Al norte...*, págs. 57-60).

El país había entrado por esos días en un desajuste tan violento de las estructuras, que la pequeña grieta abierta con fines propagandísticos por el gobierno en la embajada del Perú se había convertido en una oleada incontrolable, como si una invisible represa se hubiera resquebrajado y dejara escapar su caudal convulsivo, haciendo estremecerse los basamentos mismos del orden social y, sobre todo, del poder. Ese desajuste constituía un contraste radical con la atmósfera en que el país había estado sumido durante la mayor parte del decenio de 1970, en que la realidad cotidiana dentro de la isla se había caracterizado por el estancamiento; casi nada se movía, casi nada se alteraba, casi nada se podía hacer ni decir. El cubano tenía la impresión de pertenecer a un pueblo que había caído, como dice Correa Mujica, “en un orificio del tiempo” (*Al norte...*, pág. 68).

En ese estancamiento, las estaciones de otros países, captadas por onda corta, traían ecos de un mundo que nos sonaba enormemente alejado y que proseguía su actividad, sumido en un presente colectivo al que los cubanos, al parecer, no habían sido invitados. Al escuchar esas emisoras, nosotros palpábamos con nitidez que nos habían encerrado en un “orificio del tiempo”

donde nada transcurría, y soñábamos con poder encontrar las vías de acceso a ese presente colectivo para disfrutar de él: "Las estaciones de radio de otros países entrando y hablando, fastidiando y hablando, hablando de la vida que transcurre, que fluye de alguna forma, cruel o feliz; pero llena, repleta de cosas, de tragedias, de acontecimientos cada vez más nuevos, de gente que grita y reclama derechos" (*Al norte...*, pág. 29).

Cuando los personajes de esta novela logran salir y se enfrentan a ese presente colectivo, es decir, a las múltiples exigencias de una sociedad plural y azarosa como la norteamericana, Correa Mujica nos entrega algunos de sus textos más memorables. En esos pasajes, logra expresar los aspectos más característicos del desconcierto y el asombro que la gran mayoría de los "marielitos" sentimos al llegar a los Estados Unidos, y además las contradicciones implícitas en todo éxodo de esas características.

Pues al salir de Cuba, los "marielitos" descubrimos que el mundo no nos había esperado. La revolución se había pasado años tratando de convencernos de que el país avanzaba sin detenerse hacia el futuro; pero, en realidad, nos habíamos desvinculado de la dinámica universal y estábamos postrados en una especie de congelación aberrante. El mundo había proseguido; con sus guerras, sus películas, sus modas, sus músicas; había seguido adquiriendo injusticias y destruyendo tabúes, había continuado reordenándose azarosamente, sin dejar de sostener debates sobre mil cosas, sobre la tecnología, el *pop-art*, el amor libre, las drogas, las teorías políticas redentoras y los sistemas económicos carcomidos, la diversidad de razas o de preferencias sexuales, y sobre miles de otros temas; nosotros no, nosotros nos habíamos quedado capturados en una involuntaria celda atemporal, sin opinar sobre nada ni participar en nada, sólo imaginando y escuchando, mutilados y empobrecidos. Al salir de la isla, entrábamos en un mundo que nos había dejado atrás y que se seguía moviendo a un ritmo vertiginoso.

Recuerdo que unos días después de haber llegado a Nueva York, en junio de 1980, todavía con las imágenes caóticas del Mariel frescas en mi memoria, fui a una representación de *The Rocky Horror Picture Show* en el teatro Waverly de Manhattan, en pleno West Village. El film se había convertido en un *cult-movie*, y las funciones a la medianoche se llenaban de jóvenes vestidos con ropajes góticos y adornos muy extravagantes, como los personajes de la película, y que no sólo se sabían de memoria los parlamentos y los coreaban en los momentos culminantes, sino que además se subían al escenario y representaban parodias de lo que ocurría en la pantalla, mientras los demás del público bailaban en los pasillos, se besaban o se toqueteaban, fumaban pitillos de marihuana o se contorsionaban en múltiples ademanes que aludían creativamente a la trama del film. Me quedé estupefacto: la atmósfera de liberación sexual me exaltaba y alegraba, pero la fuerza y la agresividad de aquel público (para no hablar del contenido mismo de la película, con su mezcla de vampirismo musicalizado, transvestismo teatral, transexualidad irónica y alusiones genitales al mito de Frankenstein) me colocaron de golpe ante un modo de vivir y de actuar y de sentir que estaba a miles de años luz de lo que yo, con mis 36 años, había experimentado hasta entonces en nuestra amada isleta del Caribe. Recuerdo

que, a pesar de la exaltación que me provocó el espectáculo, regresé a casa mareado, oprimido por la sensación de que tal vez nunca llegaría a sumarme adecuadamente a ese presente estético y vivencial en que el universo se divertía y creaba, con evidentes naturalidad e inocencia.

Ese vértigo, esa sensación de otredad, de no ser capaces de insertarse, de haber llegado tarde a todo, también está expresada en la novela de Correa Mujica, sobre todo en el personaje de la campesina cubana que llega a los Estados Unidos y se tiene que poner a trabajar en un empleo cualquiera en un hospital, sin saber inglés, y sufre la frialdad del carácter anglosajón y la ajenidad de las costumbres del pueblo norteamericano. Uno de los capítulos memorables de este libro es, en mi opinión, "Lo mío con los americanos" (*Al norte...*, págs. 75-77), en que el personaje comenta y rechaza el hábito de comer vegetales crudos. Narrado con la singular habilidad para el humor que conocemos en este autor, la campesina se traga varios platos de ensalada a regañadientes, y termina hastiada, anunciando que se va a su casa, "a hacer comida".

Pues lo más triste radica en que la emigración se revela entonces como una forma extrema de violencia contra el alma y la conciencia, como una brutal imposición que contrarresta las aspiraciones normales del individuo. En su introducción, Arenas habla de esa sensación de "limbo" en que el emigrante se descubre, tras haber escapado del elemental infierno en que había estado hasta entonces. "Una vez escapados del infierno, (...) se llega (...) a una especie de limbo; (...) [un] espacio (...) donde somos como sombras proyectadas por un cuerpo (...) y por un alma que se quedaron allá"⁵. Y es que esos personajes, de nuevo, nos reafirman que en verdad nunca quisieron abandonar su país; nunca desearon irse para siempre de la tierra que los vio nacer: "Emigrar tiene que ser una de las cosas para las que no fue hecho el hombre. Porque la emigración es (tiene que ser) un hecho contrario a la naturaleza humana. (...) Emigrar tiene que ser antinatural", dice uno de los personajes de Correa Mujica, y añade: "Porque el emigrado, el que ya llegó y se sentó y se tomó un refresco frío, no podrá dejar de ser emigrado, (...) ni tomará el nuevo tiempo a ciencia cierta, porque ese tiempo suyo que dejó por allá, ese pueblo, esos años, son exactamente él, sus cuatro esquinas, su personalidad" (*Al norte...*, págs. 61-62).

La disyuntiva realmente dramática de todo exilio se materializa entonces ante el lector, con todas sus pavorosas dimensiones: si bien el tiempo sin libertad era un estancamiento del que había que escapar a toda costa, para dondequiera que fuera, las dificultades que se confrontan luego para compenetrarse emocionalmente con las nuevas realidades después de esa escapatoria imponen una nueva forma de alienación, una profunda sensación de *lejanía*. El emigrante es una víctima de la hostilidad y de la incomprensión en múltiples sentidos, antes y después de su viaje. En este sentido, *Al norte del infierno* cobra una proyección particular: los personajes de este libro, que huyen constantemente de sus propias humillaciones y las magnifican con jocosidad, para no sumirse en la amargura, nacieron indudablemente en Cuba, pero expresan disyuntivas y frustraciones que son similares en todo grupo humano que se haya visto obligado a huir de su país

natal. La novela de Correa Mujica es, por eso, un libro de entrañable universalidad.

Lo que salva a ese emigrante arquetípico es muchas veces el sentido del humor, como dijimos, pero ese sentido del humor revela un drama más subterráneo y proviene de una voluntad feroz de reafirmarse. Y esa voluntad se nutre de fuerzas a veces instintivas, pero inagotables; se nutre de la dignidad y de las convicciones. Los emigrantes se repiten a sí mismos: "Teníamos razón; teníamos razón en huir de la opresión, de la persecución, de las restricciones a la libertad; y también tenemos razón en manifestar nuestra *lejanía* en el nuevo país, en clamar por restablecer de algún modo nuestra entidad, con aplomo y con esperanza, y también con orgullo".

Ese orgullo, ese dolor, esa dignidad, se expresan finalmente en lo que yo llamaría el "manifiesto de los marielitos", el capítulo "Status pending" (*Al norte...*, págs. 71-72), que concluye con esta proclamación elemental y airada a un tiempo:

"Pues sí, del Mariel somos; del mismo Mariel. Y no somos nosotros solos. Y los que quedan, que están al venir para acá, aunque a usted no le guste. (...) Y llegamos en botes. Y estuvimos en campos para refugiados. Y no hablamos el idioma de ustedes. Y tenemos el *status pending*. Y no nos gustan las comidas de ustedes. Y no nos vamos a ir."

Todo queda más claro cuando vemos que esas palabras están puestas en la página entre dos columnas formadas por la palabra "Nada", la cual se va repitiendo en ambos márgenes a lo largo del texto. Entre dos nadas, el emigrante siempre duda y se reafirma.

Miami Beach, septiembre de 2002

Notas:

[1] La colección se inició hace algunos meses con la reedición de un libro de poemas de Belkis Cuza Malé, *Juego de damas*. Según los planes de Espinosa Domínguez, su director, en la colección se publicarán cuatro libros al año (uno por cada estación) y se dará preferencia a obras que resulten difíciles de encontrar en sus ediciones originales o anteriores. El poemario de Cuza Malé, por ejemplo, había sido impreso en Cuba en 1971, pero no llegó nunca a distribuirse; según su propia autora, los ejemplares de esa edición fueron destruidos. Entre los libros que se anuncian ahora en la mencionada colección, cabe destacar un tomo de narraciones de Julián del Casal, *Historias amargas*, con selección e introducción de Arturo Arango y epílogo de Gastón Baquero.

[2] Correa Mujica nació en 1956 en Placetas, Cuba, y constituye uno de los más destacados exponentes de la narrativa producida hasta hoy por los escritores que salieron de la isla durante el éxodo marítimo del Mariel. Desde su llegada a Estados Unidos en 1980 ha residido en la zona de Nueva Jersey, ha impartido clases en varias instituciones académicas de esa zona y recientemente obtuvo el doctorado en Literatura Hispanoamericana en City University of New York. La novela *Al norte del infierno* recibió el Premio Jesús Castellanos en el Festival de las Artes de Miami en 1983 y fue prologada entonces por Reinaldo Arenas; dicha introducción se reproduce en la presente edición. Aunque la colección "**Los libros de las cuatro estaciones**" aparecerá normalmente dentro del marco de Término Editorial (empresa que dirige Roberto Madrigal en Cininnati, Ohio), la nueva publicación de *Al norte del infierno* constituye una co-edición de dicha editorial y de La Torre de Papel, otro meritorio plan de publicaciones que dirige el poeta y novelista cubano Carlos Díaz Barrios en Coral Gables, Florida.

[3] Reinaldo Arenas: "Con el oleaje en la mirada", introducción de *Al norte del infierno* (Término Editorial-La Torre de Papel, Denver, Colorado, 2002, página 9).

[4] Uno de los recursos que el gobierno usó para desvirtuar la composición del éxodo fue la de utilizar la palabra *escoria* para designar a los que manifestaban en aquellos días sus deseos de irse. Un individuo cualquiera lograba obtener el "título" de *escoria*, por ejemplo, acudiendo a una estación de policía y atribuyéndose presuntos delitos como el de ser homosexual, o conductas que sí eran figuras delictivas punibles (hurtos, prostitución, proxenetismo, etc.), pero que ellos no habían cometido realmente. Lo curioso es que, en aquellos días, todas esas autoacusaciones eran consideradas por el régimen como requisito aceptable y suficiente para obtener el permiso de salida y poder llegar a los barcos del Mariel. Pero el gobierno necesitaba desvirtuar aún más la imagen pública del éxodo; pocas semanas después de iniciarse el tráfico de embarcaciones entre Mariel y Cayo Hueso, las autoridades comenzaron a forzar a subirse a los barcos a cientos de criminales y dementes, sacándolos a la fuerza de diversas instituciones penitenciarias y hospitales psiquiátricos de todo el país. Desde luego, esas personas estaban aún menos preparadas que el resto para comprender el nuevo país al que llegaban y mucho menos para asimilarse a su sociedad; chocaron enseguida con las exigencias de la nueva realidad, y pronto comenzaron a aparecer en la prensa mundial los crímenes que esas personas estaban cometiendo en los Estados Unidos. Hay que aclarar, sin embargo, que los criminales y los locos fueron una minoría entre los integrantes del éxodo: según cifras oficiales del Servicio de Inmigración norteamericano, sólo llegaron a unos 3,000.

[5] Reinaldo Arenas: *Íbidem*, página 10.

© Reinaldo García Ramos 2003

Espéculo. Revista de estudios literarios. Universidad Complutense de Madrid

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#), para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#). www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

